

Para que esta sociedad pueda reposarse, sería necesario una ú otra de estas cosas: ó que el principio absolutista de su religion hiciese triunfar definitivamente el absolutismo en su política; ó que el principio democrático de su política hiciese penetrar la democracia y la revolucion en su religion. Pero como nadie piensa, segun me parece, sériamente en esta segunda proposicion; y la primera aunque siempre intentada, siempre ha fracasado, resultá de aquí que la Francia, trabajada, consumida en el interior por dos principios opuestos, no puede detenerse ni en la servidumbre ni en la libertad; pero que transportada ya de entusiasmo, ya de furor, por esta anarquía intestina, presenta al mundo, que no conoce su secreto, ó la maravilla ó el escándalo de contradicciones inesplicables; festejando hoy al Ser Supremo, aplastando mañana á un pueblo para restaurar al Papa; y yo temo que se engañan los que esperan ver, durante su vida, que la verdadera paz de los espíritus, se establezca en nuestra nacion. Porque yo no conozco seguridad alguna para los espíritus fuera de la lógica; y parece que nuestro país está constituido en términos de no poder gozar de reposo, si no que tiene que luchar en provecho del mundo. Dejemos á un lado esa falsa ilusion de un reposo que parece que nunca podremos obtener, pues que nosotros mismos rehusamos su primera condicion, obstinándonos mas que nunca en querer mezclar elementos contrarios. La Francia está enamorada de lo imposible. Esta pasion forma los héroes, pero no da la paz.

Ciñamos, pues, nuestras cinturas, porque esperamos la paz y la paz no vendrá. Hemos causado grandes males á pueblos que no nos habian hecho ninguno; y sea que reparemos estas iniquidades, sea que las espiemos, nada de esto puede hacerse permaneciendo en la inaccion.

Si el catolicismo hubiera sido vencido por la filosofía, ó recíprocamente, la Francia habria, como

otros pueblos, seguido pacíficamente su destino; pero la tierra no habria sido conmovida y rejuvenecida por los cataclismos que nacen de la guerra eterna de dos principios contrarios. La chispa está siempre dispuesta á salir por el choque de ellos para encender el volcán. Luego que uno de estos elementos se entorpece, el otro se despierta y grita á los oídos de la Francia: ¿Duermes entonces? es necesario levantarse de nuevo sobresaltado y conmover al globo por algun golpe imprevisto.

¿Cuánto tiempo durará esto? Tanto cuanto las dos potencias enemigas permanezcan una en frente de otra, sin poder vencerse ni una ni otra; y bien felices ó bien pueriles son los que en presencia de este duelo formidable del catolicismo y de la filosofía, esperan volverse á dormir tranquilamente en sus asientos. El combate de los dos luchadores los hará despertar hasta bajo la tierra. Esto sea dicho sin que haya necesidad de ser profeta.

Es chocándose contra el Dios Término como la Francia hace brotar de su frente esas esplosiones de la sabiduría divina; esas Minervas completamente armadas que despiertan, espantan, iluminan al mundo.

#### IV.

##### ILUSIONES.

Primera necesidad de la democracia para emanciparse: salir de la ilusion.

¿De qué sirve cegarse voluntariamente, no sobre el valor religioso de un dogma (porque esta ceguera puede conducir á la salvacion), sino sobre las relaciones de este dogma con las cosas temporales y políticas? En sus creencias firmes, Bossuet, de Maistre, M. de Bonald, miraban la Iglesia de frente, y sin temor deducian de su dogma el absolutismo. En nuestros dias han venido hombres que, inciertos

en su fé, teniendo necesidad de fortificarla por complacencias hácia el mundo, no viendo ya sus creencias sino al través de sus propias invenciones, se han construido voluntariamente un Vaticano de fantasía, una falsa Iglesia abierta al liberalismo, esto es á la heregía, que las invade á pesar suyo.

En vano el papado maldice cada una de sus esperanzas. Condenados por el Papa, continúan sus ensueños, sin tener ni la fé bastante robusta para someterse á su condenación, ni el espíritu bastante libre para absolverse á sí mismos. En esta incertidumbre, no sabiendo estar ni con la Iglesia ni con la filosofía, han estado á punto de perder la Francia; porque le han comunicado en parte ese espíritu vacilante, equívoco que nunca habia conocido. La han conducido á renunciar al sistema franco de separación entre las cosas de la Iglesia y los negocios civiles, divorcio que correspondia al génio mismo de la nación, y por falsas ilusiones la han llevado á una mezcla monstruosa que no oculta mas que un abismo verdadero en que un pueblo entero puede desaparecer, si no hay prisa en quitar esos pensamientos enfermisos para llegar á una vista recta y firme de la Francia y del mundo.

¿Qué quereis y que no quereis? Es necesario que os deis cuenta de ello, ó perecer.

¿Sois bastante firmes en vuestra ortodoxia para no embarazaros en nada de las consecuencias humanas de la religion á la cual perteneceis? Remontad con Bossuet y M. de Maistre al absolutismo; revestios de este cilicio. Nadie mejor que yo comprende la resolucion de un pueblo que quiere ser mártir de su fé. ¿Y qué importa, despues de todo, una servidumbre de un dia á hombres seguros de vivir eternamente en la felicidad, mientras que todos los pueblos libres de la tierra espiarán su libertad herética en llamas eternas?

Cerrad el círculo de las naciones católicas. Sentaos en la arena del desierto con la Italia, la Espa-

ña, la Polonia, la Bohemia, el Portugal. ¡Pereced por la gloria de vuestra creencia! Habrá grandeza en esta caída voluntaria.

Por el contrario, vuestra fé no es bastante robusta para impedirlos que os preocupeis de las consecuencias que pueden ocasionar á la salud temporal de vuestra patria, volved á lo que vuestros padres han establecido. Sobre todo, renunciad á esa mezcla informe, á esa capitulacion fraudulenta entre el principio de vuestra religion y el principio político, porque esta confusion es el bastardeamiento del uno y del otro. No teneis en este terreno minado por todas partes, ni la fuerza de la religion, ni la fuerza de la filosofía. Entrais en guerra con vosotros mismos, es decir con todas vuestras instituciones. Vais á estrellaros contra vuestro propio génio, y así no podeis mas que declinar y perecer miserablemente, sin honor para vosotros, sin provecho para nadie.

En vano intentais, heróico tribuno, haceros pequeño, arrodillaros á la puerta de la Iglesia gritando: ¡oh sacerdotes! ¡oh hermanos míos! abrid, venid á nosotros." Ellos se rien de estos vanos anzuelos. Y en verdad, ¿quién podria censurarlos? Porque en fin, esos hombres no son insensatos. Les mostrais el Evangelio como un ebo, les decís que salgan de su ciudadela para venir á abrazaros en la libertad democrática. ¡Vanos discursos!

Ellos ven muy bien que si vuelven al tiempo del Evangelio, la gerarquía de la edad media se desploma sobre sus cabezas, mientras que tienen á lo menos, una esperanza de prolongar su duracion, atrincharándose en las ruinas. Que os escuchen, y quedan perdidos como casta; que se amurallan al contrario, en lo pasado, tienen al menos la esperanza de sobreviviros. ¿Cómo pensais, pues, convertirlos á su ruina cierta? ¿Dónde habeis nunca visto que una casta consienta perderse en la igualdad?

Léjos de seguiros en este terreno ficticio al que

los convidais, ellos hacen lo que han hecho sus predecesores al aspecto del peligro; remontan á su principio, se trincheran en la lógica de su dogma, en donde está para ellos su razon de existencia. Como todos los cuerpos amenazados de perecer, apelan á la energía íntima de su constitucion. Abandonando, rechazando toda situacion falsa, se replegan sobre el fondo y la verdad de las cosas, el catolicismo sobre el jesuitismo, el jesuitismo sobre el absolutismo: hé aquí para ellos un terreno verdadero. En esta franqueza de situacion encuentran cierta fuerza para un último combate.

Imitad, pues, hombres de la libertad, la franqueza de vuestros adversarios. ¡Se atreven ellos á ser de la edad media, y vosotros no os atreveriais á ser del siglo décimo nono!

¡Pero qué! cuando habeis agotado todas las decepciones, deseo, tentativa, esperanza de convertir á vuestra doctrina al Papa, al bajo clero, y que parece imposible que pueda crearse un nuevo sebo, lo reemplazais al momento por un sebo mas vano que todos los otros. Vuestra esperanza no se funda ya ni en el Papa, ni en el clero bajo: ¿en dónde la colocais pues? ¡En vosotros mismos? ¡No, ciertamente, escuchad!

*Constituyente y concilio, hé aquí, dice Mazani, el príncipe y el Papa del porvenir.*

No nos engañemos con las palabras, las cosas son demasiado serias. Hé aquí, pues, en vuestra opinion, el progreso: consiste en reemplazar el absolutismo del Papa por el absolutismo del concilio para fundar la Iglesia universal. Y en vuestro apresuramiento en tenderos nuevos lazos, no veis que remachais con una mano la servidumbre que destruis con la otra; que la idea del concilio es cien veces mas anticuada que la del papado; que el concilio está vencido desde de Juan Hus, que la conciencia de cada uno ha conquistado su emancipacion; que aten-

tar á ella es precisamente volver á la teocracia que quereis combatir.

Si mi conciencia protesta contra vuestro concilio, ¿qué hareis? O me obligareis á creer, y hé aquí el derecho de la edad media que reaparece, ó respetareis mi libertad y vuestro concilio es solo una palabra.

Así, marchando siempre de ilusiones en ilusiones, para que la revolucion de 1848 hiciese, la conquista del mundo, habeis desde luego pensado apoyaros en Pio IX. De esta altura de esperanza habeis descendido por una primera caída al clero bajo; hoy comenzando á descubrir que uno y otro podrian bien detener aun la libertad, apelais al concilio futuro. ¿Cuándo, pues, apelareis, como vuestros padres, á vuestro buen derecho, á vosotros mismos?

Salgamos, en nombre del cielo, de este vano misticismo en que todo se enerva. Quereis combatir los dioses antiguos: que sea al menos á la luz del dia. La Francia en las condiciones religiosas en que se coloca, está sitiada de todos lados por el pasado. De tiempo en tiempo hace una salida que se llama una revolucion, despues de la que vuelven á entrar á la plaza conduciendo sus muertos siempre renacientes, la libertad y el derecho. No esperemos, pues, á que el hambre de la inteligencia nos haga capitular.

Dejad á un lado esas cuestiones, dicen, obras muchas nos embarazan. Y yo contesto: Si no podeis garantizarme antes que todo, la libertad de pensar, por mi parte, os absuelvo de lo demas: derecho á la asistencia, inválidos civiles, señoras patronas, sistema penitenciario, hospitales, prisiones celulares, deportacion, os devuelvo todos estos dones. Por favor, dejadme en cambio meterme en un bosque.

¡Ilusion de las ilusiones! La revolucion política, civil, se ejecuta hoy por las masas; de aquí deducís que una revolucion religiosa deberia ejecutarse igualmente por las masas del clero.

Esta consecuencia es falsa y esta apariencia de lógica es lo contrario de la lógica.

Todos los anzuelos que la democracia podría presentar al clero, se volverán necesariamente contra ella, por esta única razón, que la Iglesia es un sistema monárquico, y que todas las fuerzas que se le den, por cualquier lado que le lleguen, se dirigen por la naturaleza de las cosas contra el principio de la democracia.

La Iglesia ha tenido siempre, mas distintamente que los legos, el sentimiento ilustrado de esta incompatibilidad. En 1790, la Asamblea constituyente creyó hacer un gran servicio al clero bajo otorgándole el sistema electivo. ¿Quién se reveló primero contra este beneficio? ¿Quién se lanzó á la guerra civil, mas bien que hacer alianza en la Iglesia primitiva con la democracia? El clero bajo, Comprendió muy bien que este pretendido beneficio era su ruina.

¿Qué llegaba á ser esa autoridad misteriosa que del Sinaí bajaba sobre su frente y mantenía las inteligencias encorbadas á su derredor? La Asamblea constituyente le proponía cambiar ese derecho divino por una autoridad que cada uno podía discutir, aceptar ó rehusar; y á esta emancipación de los fieles se le llamaba la emancipación del sacerdote. Es evidente que todo estaba trastornado en esta idea, sin renunciar á lo que forma su lazo con todos los sacerdocios y particularmente con las castas antiguas. La constitución civil quitaba á la sacerdotiza el sello del derecho divino. El representante de Dios no era ya mas que el hermano y el igual de los otros hombres. ¿Qué casta aceptó nunca semejante situación? Esto es lo que el sacerdote comprendió en 1790: es lo que comprenderá siempre.

El error de la Asamblea constituyente procedía de esta idea falsa, que llevar la democracia á la Iglesia es emanciparla. Habría sido necesario de-

ducir una conclusión enteramente contraria, es decir, que democratizar el clero bajo, es espropiarlo espiritualmente sin darle ninguna compensación.

La constituyente destruía el catolicismo sin pensar en ello. No es así como se consuman esos grandes cambios. Ningun Dios ha sido hasta ahora quitado al hombre por sorpresa.

Dignaos pensar en esto: los que mas tendrían que perder en una organización democrática de la Iglesia, son precisamente los miembros del clero bajo. Suprimid la dominación absoluta que ejercen espiritualmente sobre el pueblo, ¿que les quedaria? Si por la elección el sacerdote se hace dependiente de aquellos á quienes gobierna hoy, ¿qué es lo que gana en ese cambio?

¿Cómo habláis del derecho de elección en cambio de vuestro vasallaje espiritual! El sacerdote de Gregorio VII es rey absoluto; tiene en sus manos la conciencia de los pueblos; los gobierna como Dios gobierna la tierra, es decir, sin tener necesidad de ella. A ese hombre que marcha sobre la frente de sus súbditos, le ofreceríais el ser nombrado, esto es, juzgado por los que hoy apenas se atreven á desatar los cordones de sus zapatos. ¿Estraña manera de emancipar á un soberano absoluto la de proponerle que se rinda á discreción de los mismos de quienes dispone! El sacerdote que introdujese el principio democrático en su Iglesia, se espondría mucho á ser á la vez hereje y víctima; cambiaria una dominación absoluta por una sumisión cierta. Después de todo ninguno de ellos se engaña. Cada uno es dueño de todo: ¿qué tiene que hacer con la libertad?

Es imposible hacer pasar al sacerdote católico por las transformaciones que han sufrido los otros poderes. No puede convertirse en ministro constitucional del dogma, ni abdicar el gobierno pleno y entero de vuestra conciencia. Se comprende, hasta cierto punto, la indemnización prometida á los antiguos elementos de la sociedad; el sacerdote es el único

que no puede entrar en una composicion de este género. Volverlo á la Iglesia primitiva es despojarlo de la omnipotencia que diez y ocho siglos han puesto en sus manos. Proponerle dividir con vosotros el gobierno de vosotros mismos, es proponerle que abdique para ser libre.

Ved pues, por favor, este encadenamiento. Se cree que solo hay que tratar con hombres; es de un espíritu de lo que se trata. El Papa pesa sobre los obispos, los obispos sobre el clero bajo, el clero bajo sobre el pueblo. ¿Cuál es el anillo de esta cadena que consentirá en romperse el primero? ¿A quién propondreis que renuncie la dominacion? ¿Y no es absurdo esperar que el espíritu sacerdotal se despoje á sí mismo de su plenitud de autoridad?

Lo que os engaña es, ver la gerarquía eclesiástica pesar con todo su poder sobre el sacerdote; creéis que este peso lo aplasta. De ningun modo. Considerad, pues, cuán fácilmente se descarga de este peso haciéndolo sufrir al pueblo de los fieles. Esclavo de sus superiores, reina sobre la conciencia de sus inferiores; la voluptuosidad de esta dominacion absoluta compensa para él en un céntuplo su servidumbre voluntaria. Si espropiais al sacerdote de esta soberanía espiritual, ¿qué le dareis en compensacion de todo un mundo de orgullo?

Sois siervos de espíritu y pretendéis redimiros de derecho divino. ¡Véamos! ¿Cuánto me pagareis por vuestra servidumbre? ¿En cuánto la estimais? Se trata de un infinito.

Si la sociedad moderna nada tiene que dar al sacerdote en compensacion de su autoridad absoluta, nada puede él ceder sin perderlo todo á la vez. Él es y será la última razon de la sociedad antigua. Le vereis en pié mientras quede un vestigio de lo pasado. Renta, capital, propiedad, estado, podrian desaparecer cien veces de Europa antes que el sacerdote hubiese hecho una sola concesion.

Reconoced, pues, este principio mas claro que la

luz: si la intervencion del principio sacerdotal en las instituciones laicas destruye la libertad de estas, por otra parte la intervencion de un principio democrático en la Iglesia destruye la soberanía del sacerdote, ó mas bien al sacerdote mismo; de modo que estas dos sociedades, la eclesiástica y la civil, no pueden penetrarse ni cambiar sus principios sin arruinar mutuamente el sacerdote á la libertad y la libertad al sacerdote. Tan cierto es que estos dos mundos están dirigidos por principios contrarios, incompatibles, y que hay seguridad de engañarse cuando se quiere aplicar al uno lo que pertenece al otro.

De donde nacen por sí mismas las consecuencias siguientes: que implica contradiccion esperar que una revolucion religiosa se verifique en la Iglesia por la iniciativa del clero inferior, pues que esta revolucion no tendria otro efecto que el de espropiarla espiritualmente;

Que toda esperanza de ver al catolicismo de nuestra época desmoralizarse á sí mismo, es una quimera que repugna á la naturaleza de las cosas;

Que esta idea falsa en sí misma, será mortal á cualquiera que la abraza, creyente ó filósofo, sacerdote ó laico;

Que todas las fuerzas que la democracia preste, por una ilusion de este género, á una casta sacerdotal, se emplearán contra la democracia;

Que si la sociedad política adoptase el principio de la sociedad eclesiástica, y recíprocamente, se seguiria de aquí que, la libertad destruyendo á la Iglesia y la Iglesia á la libertad, el resultado seria la disolucion y la muerte radical de la sociedad tanto civil como religiosa;

Que la separacion absoluta del dominio eclesiástico y del dominio civil que en los tiempos precedentes era una garantía de libertad, se ha hecho una condicion de vida y de salud.